

Walter Luis Katz

Los Maestros

Comentario:

Los maestros

Gran actividad se desarrollaba en esos días en el viejo edificio de paredes altas, sede del Consejo Nacional de Educación. Las empleadas caminaban por los pasillos llevando formularios en sus manos; en uno de esos papeles, seguramente, estaba escrito el futuro de algún maestro que solicitaba un puesto. A un mes y medio del comienzo de las clases, los funcionarios estaban ocupados en traslados de docentes, confirmación de titulares y ubicación de suplentes. Además, debían preocuparse por la preparación de las aulas, los muebles y las instalaciones sanitarias, en escuelas de todo el país.

Sentado en un pasillo frente a uno de los despachos, un señor mayor se movía inquietamente, con nerviosidad y fastidio. Ya había leído el diario que trajo consigo dos horas antes, y comenzaba a ojearlo nuevamente para poder sobrellevar el aburrimiento. Una empleada salió de las oficinas y él la llamó – por favor señorita, este trámite me está llevando toda la mañana, y mi tiempo es limitado.

- Lo siento señor, en cuanto el señor director se desocupe, lo atenderá – el hombre comenzó nuevamente a leer los titulares del diario; cuando terminó de hacerlo, sacó papeles de sus bolsillos y los examinó con interés, uno por uno.

Media hora después salió el director y se aproximó con pasos rápidos. Era un hombre elegantemente vestido, con bigotes a la usanza de funcionarios; su caminar era inquieto, y se podía comprobar que actuaba dentro de una gran preocupación – buenos días ¿Qué es lo que el señor viene a pedir? – Preguntó amablemente. El otro lo miró con extrañeza; no entendía cómo lo mantuvieron más de dos horas arrinconado en el oscuro corredor, sin respetar sus canas. Contestó con una pregunta.

-¿Se da cuenta que ambos tenemos diferentes formas de pensar? Usted piensa que esperé tanto para pedir algo y en realidad vine a

dar. Me cansé, y ahora no doy nada. Buenos días.

El director quedó sorprendido. Mucho tiempo transcurrió desde la última vez que ofrecieron en préstamo un edificio viejo para utilizarlo como escuela después de ser reparado. De todas maneras no lo aceptaron, pues los gastos a cargo del Consejo hubieran sido más altos que construir aulas nuevas. Pero ¿De qué se trataba esta vez?

El hombre se fue, mas antes de salir fue alcanzado por la empleada – lo siento mucho señor, ¿De qué donación se trata? – preguntó con interés.

- No tiene gusto esforzarse; ya decidí. Son terrenos que forman parte de la herencia del General Fernández Oro, en Río Negro. Podrían construir sobre ellos, o venderlos, siempre que el dinero fuera aprovechado por el Consejo. Ahora que sabe los pormenores, puede enseñarle a su jefe cómo se administra una institución. – Saludó amablemente con el sombrero y subió al coche que lo estaba esperando cerca de la entrada

*

El incremento de la sociedad de consumo estaba en su auge. Se vivía el momento con intensidad; la diversión se convirtió en

necesidad primaria, y también los elementos inherentes, como la atención especial en el vestir, y la adquisición de artículos superfluos que se agregaban en alguna medida al estándar de vida. Esas condiciones y la propaganda masiva por parte del gobierno, fueron los factores principales que atrajeron a habitantes del interior del país, para asentarse en la capital y sus alrededores. La falta de viviendas produjo un movimiento hacia la periferia, donde familias de condición humilde construyeron casas precarias sobre terrenos desocupados, formando enormes barriadas. Esas villas carecían de los elementos básicos para vivir en condiciones normales. No había agua corriente, y para aprovisionarse debían caminar a veces centenares de metros a alguna canilla pública; tampoco tenían corriente eléctrica, ni servicios sanitarios. Las aguas servidas corrían entre las casas, no había servicio de recolección de basuras, y la suciedad y el hacinamiento atraían a animales domésticos e insectos.

El gobierno programó la construcción de barrios constituidos por pequeñas casas, con las comodidades y prestaciones esenciales. Muchas familias fueron beneficiadas, pero de todas maneras, eso sólo significó una pequeña ayuda, a causa de la enorme cantidad de necesitados de viviendas. Cada proyecto fue publicitado a lo largo y ancho del país por todos los medios de comunicación, repetido en un interminable sonsonete.

La situación política en las grandes ciudades era de tirantez, y con rapidez pasó al interior del país. Se vivía en un sistema policial, basado en la delación y coerción, causa para que las personas evitaran conversar en público sobre temas que podrían comprometerlos. Por las calles, se detenían personas en frecuentes operaciones masivas; por lo general, luego de un simple careo o con uso de la violencia, eran liberados, aunque los nombres de los detenidos eran registrados como sospechosos, en caso de posibles actos de agitación contrarios al gobierno.

En esa época, la prensa escrita y verbal eran fuertemente censuradas. Muchos periodistas e intelectuales, impedidos de expresar sus ideas, se vieron obligados a emigrar a otros países; desde allí publicaron sus opiniones. El periodismo se tornó oficialista, el control y la censura se convirtieron en sistema, y la polémica fue descartada de la vida ciudadana.

*

Los jóvenes egresados de las distintas escuelas normales llegaban a la capital para gestionar personalmente sus nombramientos; se alojaban en pensiones familiares durante una semana, dos a lo sumo, y visitaban diariamente el organismo. Ése era el que más escuelas administraba en todo el país; por eso lo preferían los maestros,. Los jóvenes egresados

calentaban asientos en los corredores, esperando el llamado al despacho, donde les darían la grata noticia. Corría la admirada época en que la enseñanza era una vocación, y los nuevos maestros aceptaban viajar a los lugares más apartados de la república para tomar un puesto en una humilde escuela rural. Para ellos era como un desafío, donde el más obcecado triunfaría.

En esas largas antesalas se conocieron Angélica, Mariana, Luisa y Norberto. Tenían en común la juventud, los recientes títulos obtenidos, y el deseo de comenzar la carrera de la docencia. Todos eran provincianos, aunque de lugares distantes entre ellos. Angélica era de Mendoza, la tierra del buen vino; pequeña, de piel coloreada por el sol y los vientos andinos, locuaz y espontánea. Estudió la carrera de la enseñanza en la ciudad de San Luis, semillero de docentes, desde todos los tiempos. Absorbió de sus maestros la vocación para enseñar. Mariana vivía en Mar del Plata, y su piel bronceada contaba sobre muchas horas en el mar, en el viento y el sol. Los últimos años los pasó alternadamente en su ciudad natal y la Capital Federal, donde cursó sus estudios. Ambicionaba progresar en su carrera, y así lo expresaba en las charlas. Luisa venía de Corrientes; su cara fresca, salpicada por las frescas aguas litorales, traía mensajes de ríos y canciones. Consideraba la educación como

elemento primordial, y se preocupaba por los niños de familias sin recursos económicos. Norberto, nacido en uno de los pueblos del Sur, cursó en la escuela normal de Bahía Blanca. Tenía la apariencia de quien creció en la naturaleza, en el trabajo y en la austeridad; su mirada era profunda y serena. Era dueño de una conciencia política y social muy bien fundada.

El primer día, Luisa llegó acompañada por un primito, niño de diez años, a quien abrazaba con cariño; Norberto, impresionado por ese cuadro, le dijo - ¡Cuánto amor! El niño no renuncia a vos por un instante.

Luisa estaba contrariada por esa observación y lo miró con dureza. Norberto se disculpó avergonzado – perdón, no pretendí ofenderte; no hubo mala intención en mis palabras. Todo pasó en forma casi intrascendental, y la conversación continuó en el marco de vivencias en los estudios, que cada uno contó, más para establecer contacto, que para hacerse conocer. La antesala del primer día en el Consejo de Educación no tuvo resultados, y cada uno volvió a su pensión, con la esperanza que el próximo fuera más claro y positivo.

Esa mañana de febrero fue calurosa y húmeda, sin la confortante brisa del río, pero tras una sofocante tarde, cayó un fuerte chaparrón que refrescó las calles y los patios.

Después de comer una pizza, Norberto se dirigió hacia la pensión donde se hospedaba; ésta se encontraba sobre una avenida de gran movimiento, aunque una parte de ella estaba sobre una de las calles laterales, que le proporcionaba intimidad y tranquilidad. Al pasar frente a la gran cafetería ubicada en la planta baja, aspiró el aroma del café recién molido y preparado en filtro, listo para tomar, como el que solía saborear en su casa, que perfumaba la vereda; entró y pidió un pocillo. Disfrutó la infusión sorbo a sorbo, y continuó sentado junto a uno de los ventanales, observando a los peatones que regresaban de las diversiones, y a los incontables vehículos que pasaban en ambas direcciones, por la avenida Callao. Repasó los acontecimientos del día y salió.

Antes de entrar al vestíbulo, reparó en el club de billar que estaba frente al portal; era un salón enorme, equipado con una treintena de mesas de billar, lleno de aficionados a ese juego durante muchas horas del día, y por desocupados que pasaban el tiempo jugando, u observando otros partidos. No le produjo interés, y encaminó sus pasos a uno de los ascensores; subió y entró al cuarto caliente; al abrir la ventana, recibió el vapor que subía del patio rodeado por los edificios.

El espacio estaba bien aprovechado: la construcción era simétrica: cada casa, de unos

seis o siete pisos, una frente a la otra, tenía la forma de medio rectángulo; la base del rectángulo era la zona de las habitaciones y servicios, y la altura, la de las escaleras y ascensores. Al atardecer, estas últimas dependencias recibían la visita de ratas que subían y bajaban, ya sea por las escalinatas o por los cables de los ascensores. Las entradas eran independientes; unas sobre Callao, y otras sobre la calle Sarmiento, comunes para ambos edificios. El sistema de construcciones gemelas ubicaba a los cuartos interiores de cada edificio, unos ante los otros, separados por un patio de unos diez metros, produciendo la sensación que da un espejo en una vista frontal. Todos los pisos estaban ocupados por pensiones que albergaban estudiantes, empleados y pequeñas familias

Después de recuperarse del golpe de calor, Norberto se sentó a leer junto a la ventana, teniendo frente a sí a la simétrica de la otra pensión. Leyó unos minutos y fue sacado de su concentración por un ruido seco; miró hacia la ventana de enfrente, y vio a dos individuos que sujetaban a un tercero; lo sentaron en una silla, lo ataron y comenzaron a golpearlo. No tuvieron la precaución de apagar la luz o correr cortinas; todo estaba a la vista. Norberto fingió estar leyendo con atención, y sólo hizo movimientos imperceptibles con la cabeza para mirar. Muchos minutos duró el tratamiento; los

torturadores desataron a la víctima y salieron arrastrándola. Cuando estuvo seguro que ese cuarto estaba vacío, Norberto se levantó, apagó la luz y se tiró a descansar, sin desvestirse. Estos hechos, además de los realizados por elementos policiales, eran frecuentes en esa época de coacción, donde se imponían las ideas con uso de la violencia.

Pero, en las pensiones también ocurrían cosas simpáticas. Todas las noches, cerca de las doce, llegaban los jóvenes que habían salido a divertirse, o volvían de estudiar. Acostumbraban a reunirse en algún bar del barrio, pedían un vaso de leche, abrían libros y apuntes y estudiaban juntos hasta cansarse. Los recién llegados se saludaban por las ventanas a los gritos, y luego apagaban las luces. Era el instante en que comenzaba la fiesta: muchos de ellos habían traído consigo algunas botellas vacías para ser utilizadas inmediatamente. Alguien arrojaba desde los pisos superiores una pequeña botella, que explotaba en el piso de baldosas; le contestaban arrojando otra un poco mayor, y así, el ambiente se iba entibiando en el contrapunto botellero. Después de quince o veinte minutos, todo estaba en silencio. Entonces, se escuchaba una tremenda explosión, producida por el choque contra el piso, de una botella enorme o damajuana, que previamente había pasado un tratamiento

especial, al llenarla con agua en cantidades estudiadas y experimentadas. Era inútil continuar con botellas pequeñas, que se reservaban para el día siguiente. La hora de dormir había llegado.

La provisión de nuevas botellas estaba garantizada con la colaboración de las chicas que vivían en las pensiones, que se preocupaban por traerlas durante el día, para asegurar una buena actuación.

Temprano, en la mañana se veía al viejo portero cumpliendo su rutinaria tarea: barrer con gran cuidado, los restos del concierto de vidrios rotos.

*

En los próximos encuentros, el contacto entre los jóvenes fue más cálido y amistoso, aunque hubo frialdad entre Luisa y Norberto. En las tardecitas todos se encontraban y salían a caminar por el centro, donde la diversión era ver alguna película y comer en alguna lechería. A veces entraban a alguna confitería bailable, lugares a los que concurrían muchos jóvenes; el ambiente en esos lugares era agradable y los precios eran módicos. Un domingo viajaron todos al Tigre, en el delta del Paraná, realizando un paseo en lancha recorriendo los brazos del gran río, y observando las islas, con sus construcciones privadas y clubes de recreación. La bondad del clima y la abundancia de agua

para riego, contribuyen a una desarrollada y variada fruticultura, donde se dan con éxito frutas de clima templado como manzanas, peras y duraznos, y cítricos, apropiados para el clima subtropical.

Mariana, educada en ambiente de ciudad, liberal en su trato, tomó la iniciativa arrebatando para sí al joven maestro; lo llevaba como si fuera de su propiedad, y poco a poco fue apartándolo de todos. Buscó tener intimidad con él y, hábilmente lo condujo para comenzar un romance. Para estar cerca del joven, pasó a hospedarse en la misma pensión que él. Ya establecida su base de operaciones, comenzó a invitarlo a divertirse, y a visitar lugares que eran una insinuación de sus propósitos, como ver muebles, vajilla y todo lo necesario para montar una casa. También solía entrar a alguna agencia de viajes para pedir información sobre paseos.

Los puestos de maestros en la Capital y las grandes ciudades eran muy solicitados, y sólo había vacantes en localidades lejanas. Norberto aceptó uno en Neuquén, en un lugar entre montañas y lagos; en la misma escuela un aula vacía esperaba al segundo maestro. Mariana especulaba entre aceptar esa proposición, o llevarse consigo a Norberto a alguna ciudad de la provincia de Buenos Aires.

Luisa conservaba las distancias y no conversaba con Norberto, como si tuviera alguna aprensión en su contra; él la observaba disimuladamente y si era sorprendido, miraba hacia otro lado. Eso continuó durante muchos días, hasta que ella comenzó a moderar su posición, aunque prefería estar siempre con los demás, evitando un acercamiento que propiciara una conversación entre los dos.

Esas relaciones continuaron durante dos semanas muy activas. Mientras, los puestos fueron repartidos; sólo quedaba vacante el grado en la escolita del sur, y aún nadie decidía tomarlo. El regreso de los jóvenes a sus hogares, estaba cercano.

Una tarde golpearon la puerta del cuarto de Norberto; salió a abrirla, y al ver a Luisa, la saludó con una espontánea sonrisa, invitándola pasar – sentate, tendremos que esperar a Mariana pues salió. ¿Preparo un mate o café?

- Solamente vine a despedirme. No recibí ninguna oferta aceptable, y de todos modos mañana por la mañana viajo; tal vez consiga alguna suplencia en mi provincia – Norberto se apenó; no pudo disimular su tristeza al escuchar a la muchacha. – No te apresures; tal vez haya una salida - Luisa no pudo resistir esa situación, y de pronto se acercó, lo abrazó y le dio un rápido beso en la boca, húmedo y tibio.

- Yo te amo – susurró Norberto con tristeza. No viajes, por favor, no viajes.

- ¿Qué haremos? – Preguntó Luisa, también en un susurro. Norberto vio que unas lágrimas rodaban por su rostro.

- El puesto en mi escuela te está esperando; tomalo y verás que no te arrepentirás. Se encuentra en un lugar de ensueño, aunque lejos de tu familia y sin tus paisajes.

- No será nada terrible, y allí estarás vos – nunca Norberto había escuchado aseveración como esa, dicha en su oído, con tanta dulzura.

Él agregó - con la condición de que estemos juntos. – Esta vez se dibujó en su rostro una rápida sonrisa, pero la seriedad volvió a su rostro – tengo un diálogo pendiente; después te escribiré, contándote cual es la situación.

Luisa viajó a su provincia. Norberto y Mariana tuvieron una seria conversación – lo nuestro no tiene futuro; no hay ninguna base para mantenerlo – dijo él.

- Me has utilizado – contestó Mariana con rabia.

- Yo creo que nos hemos utilizado mutuamente – se reprochó él – ninguno de los

dos estuvimos dispuestos a renunciar a nada en favor del otro. Salvemos ahora lo que no podremos hacer más tarde – Mariana comprendió la realidad, para terminar con esa relación que no estaba apoyada por sentimientos de amor.

Esa noche Norberto no se podía dormir. Los acontecimientos de esa tarde lo confundían; el dulce momento con la pequeña Luisa se entremezclaba con la dura discusión con Mariana y el sentimiento de culpa. Cambiaba de posición en la cama, como si ese acto le ayudara a ordenar los pensamientos, mas eso no era suficiente; necesitaría un tiempo para acostumbrarse a la situación. Terminar una relación y trocársela por otra en un instante no era parte de sus normas, pero entendía que esa decisión iba a cambiar su vida.

Después de medianoche llegaron los motociclistas de todos días, a la reunión habitual, donde cada uno contaba sobre la perfección de su máquina, haciendo demostraciones que sacaban de quicio a los tranquilos vecinos, que minutos antes dormían su merecido sueño. Luego, los motociclistas realizaron pequeñas picadas, con los caños de escape abiertos, expulsando gases que se extendieron sobre el ambiente caliente.

Norberto no soportó más la cama ni el ruido; se levantó, se vistió y salió a la calle. Caminó la cuadra que lo separaba de la avenida Corrientes, y siguió caminando hacia el obelisco. El movimiento de gente no había disminuido, sólo que ahora eran otras personas: los noctámbulos, que comenzaban la jornada de diversión, y los repartidores que dejaban sus variadas mercaderías en las puertas de los negocios. Los primeros diarios de la mañana ya se encontraban en los puestos, y él compró uno. Leyó los titulares, lo puso debajo de su brazo izquierdo, y siguió caminando.

En la vereda, cada tanto veía a alguna mujer solitaria, que balanceaba lentamente su cartera como si fuera el péndulo de un reloj intermitente que despertaba a la vida cada vez que pasaba algún hombre frente a ella. Lo miraba fijamente a los ojos, prometiéndole eventos eróticos, cuidando de no despertar la atención de algún policía de servicio en las cercanías. Norberto estaba aún conmovido por los sucesos de la tarde y se sentía molesto ante las insinuaciones, y apartaba la mirada. Siguió caminando hasta que se sintió cansado; dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Los canillitas voceaban su mercancía, y los barrenderos limpiaban la suciedad que habían dejado los repartidores.

*

Norberto volvió a su provincia, y escribió a Luisa una carta donde volcaba su corazón y le contaba sus proyectos: “no hemos tenido hasta el momento una conversación, solamente intercambio de miradas y algunas palabras, pero eso me bastó para enamorarme de vos. Te amo. Quiero que nos casemos y vengas para que realicemos el sueño de ser maestros, juntos”.

Pensaba en Luisa y hacía conjeturas sobre la respuesta a recibir. Los días pasaban y no llegó contestación a su carta. Se sentía rechazado. Seguramente ella había cambiado sus sentimientos, y ya lo estaba olvidando. Volvió a concurrir a los lugares que frecuentaba visitar, a practicar deporte, y a reunirse con sus amigos. Eso lo ayudaba a calmar su intranquilidad. Transcurridas dos semanas, le mandó un parco telegrama: Te escribí. ¿Recibiste la carta? Dame tu respuesta.

Al otro día recibió contestación en un telegrama más parco aun: Si. ¡Si!

Estaba impaciente y no se conformó con escribir otra carta; decidió viajar a Corrientes para visitarla; su madre bendijo su partida. Subió al primer tren y viajó durante dos días. La casa de los padres de Luisa se encontraba en un barrio tranquilo de la ciudad; era amplia, al final de una vereda sombreada por naranjales.

Un alambrado dejaba ver el gran patio, donde las plantas floridas se entremezclaban entre los árboles frutales.

Golpeó a la puerta y una sonriente señora la abrió – soy Norberto – dijo él. Desde adentro se escuchó un grito – Mamá, que entre, estoy loca por verlo.

- Hola, mi maestra – dijo Norberto emocionado.

No necesitaron realizar ningún preparativo; todo esta sobreentendido. En pocos días se efectuó la boda, y una semana después, el joven matrimonio viajó para iniciarse en la vida y en el magisterio. El viaje fue en tren hasta Buenos Aires, desde allí hasta Zapala, donde tomaron un ómnibus hasta San Martín de los Andes. Casi una semana estuvieron sobre vías y caminos; en San Martín debieron esperar para salir al destino final, en un ameno aunque accidentado viaje.

San Martín de los Andes se encuentra en un pequeño valle rodeado de montañas; abajo, el lago Lacar serpentea durante casi veinticinco kilómetros, hasta su desembocadura en el Pacífico. Su historia está constituida por una serie de leyendas donde predomina el tema del aborigen y su relación con el origen del mundo. El nombre mapuche original de cada lugar fue

conservado, así como las historias y leyendas que relatan el inicio de cada uno. Los jóvenes se sentían cautivados por el perfil poético dado a cada cosa por un pueblo singular, en que los valores espirituales habían transitado junto con el carácter guerrero de sus habitantes

*

Angélica recibió un puesto en una escuela en la provincia de Córdoba, y desde el primer momento se vio enredada con maestros combatientes de tendencia marxista, que se dedicaban a difundir sus ideas dentro y fuera de la escuela, y que muy pronto fueron identificados y detenidos por la policía; algunos abandonaron la docencia en favor de otras ocupaciones, y entre ellos, hubo los que se inclinaron por movimientos sediciosos, incorporándose a ellos. Angélica, al encontrarse señalada, volvió a su ciudad natal y trabajó en una pequeña escuela, sin mezclarse más en actividades políticas. Hizo una revisión de las enseñanzas e ideas recibidas de los pedagogos puntanos, y así, con el espíritu renovado, tuvo un punto de inicio que le sirvió para ser una buena educadora.

Mariana, utilizó sus habilidades comunicativas, incorporándose como suplente en una escuela de Mar del Plata; obtuvo el nombramiento de maestra titular, y en pocos años escaló al puesto de subdirectora de ese

mismo establecimiento. Se casó y formó hogar con un hombre importante en esa ciudad, con carácter y aspiraciones afines a los de ella.

*

El pueblo donde debían ejercer la docencia Luisa y Norberto estaba a varias leguas de San Martín de los Andes, en medio de la cordillera. Eran días de transición entre verano y otoño, agradables en las horas soleadas, y fríos en las noches. Tuvieron que esperar varios días, hasta que salió el camión que solía viajar todas las semanas, si el estado del tiempo y de los caminos lo permitían, llevando correo y provisiones a los poblados. El correo en esa zona se administraba por el servicio de estafetas, y el camión era la comunicación entre los pequeños pueblos, cumpliendo con ese servicio y transportando mercaderías para los negocios. La pequeña espera fue aprovechada por los recién casados, para disfrutar unos días más de su luna de miel, buena ocasión para conocer la región.

El pesado viaje sobre caminos de tierra tomó medio día, entre lluvias y vientos. Envuelta en un poncho indio que compró en la ciudad, Luisa se apretaba a Norberto, tratando de calentar el cuerpo; acostumbrada a los calores del litoral del país, se encontró de pronto en una zona donde nieva todo el invierno, cubriendo de blanco las cimas y laderas de las montañas; en

esas condiciones climáticas deberían vivir y trabajar. Durante el viaje sobre esos malos caminos, hubo algunos inconvenientes, como desperfectos en el motor y cambio de neumáticos, que el conductor realizó con verdadero conformismo. El tránsito era casi nulo, y no se veían vehículos ni personas; ante ellos estaba el paisaje agreste e imponente de la precordillera.

La tarde había avanzado cuando llegaron al pueblito recostado en la ladera de un monte. En la única calle se encontraban los edificios: en uno de los negocios, los dueños atendían la estafeta; hacia los costados, amparadas de los vientos, se repartían casitas, algunas construidas con ladrillos o maderas, y otras con adobes. Los techos eran de chapas de cinc o paja. Al fondo de cada casa había un espacio de tierra cultivada con verduras, y algunas chivas y ovejas pastaban, atadas a pequeños cercos hechos con troncos. Muy cerca corría un pequeño río que proveía de agua al vecindario. Los ríos de montaña corren sobre un lecho de piedra y rocas, o dentro de un cañón; son bajos y angostos, pero muy correntosos, y generalmente se destacan por la abundancia y calidad de los peces que a veces tienen buenos tamaños, y pican con facilidad.

El director de la escuela los esperaba con la estufa encendida, tortas fritas y el mate

preparado. El señor Juan Sosa, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, corpulento, con amplias patillas blanquecinas y cabello negro tupido que le daban aspecto severo. Estaba habituado a ese ambiente, gracias a los años que llevaba habitando esos lugares, y que contribuyeron para que formara su carácter tranquilo y despejado. Lo demostraba con su forma sencilla al actuar, característica en la gente de campo, y el estilo campechano en el trato. Desde el primer amargo, Norberto comprobó que don Juan era un buen cebador de mate.

La señora de Sosa, Clotilde tendría unos cuarenta años, delgada y movediza, escuchaba la conversación con atención, y sólo intervenía en ella cuando tenía algo importante que decir. De tanto en tanto movía las brasas del fuego, agregaba algún tronco, y controlaba la olla en la que algo se cocinaba. Había corriente eléctrica, pero a causa de los frecuentes apagones, disponían de un generador accionado a nafta. Sobre una repisa había una lámpara a querosén, seguramente para cuando fallaban el suministro de corriente y el generador.

Después de la comida, los condujeron a la casita que constaba de una pieza, y cocina-comedor. Los servicios estaban afuera, pegados a la casa. Doña Clotilde les prestó ropa de cama y un par de frazadas, hasta que

recibieran las que habían despachado separadamente los padres de Luisa y de Norberto.

Encendieron un buen fuego en la estufa a leña y dejaron abierta la puerta de la habitación, para que entrara el calor. En esas alturas, en que las noches llegan tarde, antes del anochecer comienza a helar; tuvieron que calzar medias de lana para poder dormirse.

Muy temprano estuvieron despiertos; se levantaron y tomaron algo caliente, esperaron al sol que aún no había asomado, y luego vaciaron las valijas, ordenando las ropas y utensilios en los muebles que se encontraban en la casa. Don Juan llegó más tarde y les entregó algunas provisiones para ese primer día, que había comprado para ellos el día anterior; luego los condujo hasta la escuela; ésta se encontraba en el mismo patio, separada por un alambrado.

El establecimiento constaba de tres salones, uno pequeño para la dirección y dos aulas más grandes; las paredes tenían partes de ladrillos y partes de madera; pupitres dobles y un pequeño armario constituían todo el mobiliario. En el patio, a un costado, se encontraban los servicios.

El sistema de escuela unitaria recibía alumnos de varias edades en cada aula, y las

tres filas de bancos, una para cada grado, establecían el orden para desarrollar las clases. Luisa recibió tres grados inferiores y los superiores restantes los recibió Norberto. En caso de que hubiera ese año alumnos para el último grado, don Juan los reservaba para sí.

Cada uno recibió una escoba y un plumero, que quedaban en propiedad del aula. Con gran entusiasmo barrieron y fregaron juntos, sacando el polvo de los salones y bancos, y limpiaron las paredes cubiertas por telas de araña, acumuladas durante las vacaciones.

Después de barrer el patio, se dedicaron a la construcción de una ducha para la casa en que vivían. Fueron al corralón y compraron un tanquecito con caño y canilla, y hasta el mediodía, la ducha estuvo terminada, ubicada en un rincón de la cocina. Pusieron en el suelo una palangana grande y colgaron un hule a modo de cortina. Luisa la estrenó bañándose con el agua caliente que Norberto echaba dentro del depósito.

Ese mediodía comieron de lo que ella cocinó, y luego pidieron prestado a don Juan una pala y una azada, para preparar una quintita sobre la parcela que habían cultivado los maestros anteriores. Debían apurarse, pues pronto llegarían las nevadas, y temperaturas que imposibilitarían el cultivo de verduras.

Compraron semillas, las más apropiadas para la época.

Unos días más tarde comenzaron las clases. Poco a poco iban llegando los alumnos; los del pueblo venían a pie o en bicicleta, y los que vivían en algunos puestos de las estancias cercanas, a caballo o en sulky. Era difícil controlar la puntualidad, pues grandes eran las distancias. Don Juan, experimentado en esos problemas, les enseñó a administrar las horas de clase en la forma que mejor rindiera.

La mayor parte de los niños eran indiecitos mapuches o mestizos, y los demás eran hijos de los habitantes del pueblo o puesteros. Constituían un buen elemento humano, inteligente, dócil y trabajador, y la mayor dificultad consistía en que muchos hablaban la lengua de sus antepasados y la mezclaban en las lecciones, creando un verdadero dialecto.

Entre esos dialectos y acentos, también Luisa se destacaba en su forma de hablar, y aunque se esforzaba para modificarla, tenía un sonido gracioso que provocaba risa en los demás. Norberto le confesaba que en los días que alternaron en Buenos Aires, se contenía para no reír, y no quería provocar peleas entre ellos; le alcanzaba con que ella lo tenía en jaque, no permitiéndole acercarse. A ella le

gustaban esos cuentos y los disfrutaba y demostraba con su risa cristalina.

Los maestros solían contar a los alumnos cuentos y leyendas del folclor regional y se sorprendieron cuando los niños repitieron historias y mitos que sus padres les relataban. La existencia de un extenso repertorio de cuentos y leyendas, y el interés por conservarlos, estimulaba a los mayores para transmitirlos verbalmente de padres a hijos, por generaciones, ya que la palabra escrita estaba casi olvidada en un pueblo, que durante siglos no recibió educación escolar. Cada lugar de Neuquén tiene su nombre indígena y está relacionado con una leyenda; los nombres de personas representan a algún animal o planta, montañas, ríos o lagos, y a veces el nombre de algún animal recuerda a los protagonistas de alguna historia de amor. Escuchando esos cuentos, Luisa recordaba las leyendas guaraníes que fueron canciones de cuna en su tierna niñez.

A causa del trato que recibían, los habitantes de esa región eran muy susceptibles, y cualquier palabra que no era clara para ellos los ofendía, originando reyertas que terminaban por lo general en reconciliación. El facón es un elemento inseparable del indio y del paisano, y en los momentos de ofuscación, esas personas

tienen la mano liviana para hacer uso de él. Los duelos a cuchillo suelen tener a veces mal fin.

También el temperamento fogoso los lleva a juegos, en que la violencia es elemento principal. Es común ver a los paisanos entreteniéndose en un duelo, en que el inflador de la bicicleta es usado como facón.

Cada día había una pelea entre alumnos y los maestros debían separarlos. Esos chicos, criados en un ambiente en que domina el más fuerte, tenían dotes innatas para pelear. Los docentes no los castigaban, pues los niños podían adquirir recelo contra ellos, que con el tiempo se convertiría en odio. Preferían llamarlos a un amigable diálogo, y convencerlos que la violencia no arregla litigios, y que siempre se debe tratar las diferencias por medio de la conversación.

Las niñas también solían pelearse, por lo general para defender derechos personales o atribuciones, aunque los elementos de lucha eran diferentes; preferían tirarse de los cabellos. Eran apasionadas en sus disputas, y daban más trabajo que los varones cuando trataban de separarlas.

- Señorita, este niño me hace trampas – dijo un chico con la cara sucia – me desafió a jugar a las bolitas diciendo que el "hoyo" era nuevo, y

no es cierto; lo tiene retanteado (1) Me ganó casi todos los piojitos (2).

- Esperá, llamo al señor Norberto que entiende este juego, y él va a decidir quien tiene razón –

(1) Retanteado: calculado, bien conocido.

(2) Bolitas pequeñas. Se usan habitualmente como pago. Norberto vino y pidió escuchar al otro chico.

- Maestro, es cierto que le hice creer que el hoyo es nuevo, pero en la quema (1) yo le gané en casi todos los partidos. También le gané cuando jugamos a la muerte (2), y unas cuantas veces le hice salir la bolita por el alambrado. Al final le dejé la tiradora (3) cachuza (4) – Norberto lo miró con admiración, recordando sus tiempos de jugador de bolita, en que fue un verdadero campeón. Luisa no entendía nada de lo que se hablaba.

- Bueno - sentenció Norberto – Muchos partidos

.los ganaste porque hiciste la quema después que él tenía “el hoyo”. Por eso te declaro vencedor de parte de los partidos; así que sólo tenés que devolverle la mitad de las bolitas que recibiste, y con esto cerramos la discusión. Ahora los dos chocan los cinco, se van a lavar las manos y la cara con jabón, y me vienen a mostrar cómo están de limpios. La próxima vez

los desafío a jugar a los dos juntos, pero sin trampas.

Luisa quedó embelesada y aturdida. El juego de las bolitas y su vocabulario, evidentemente eran cosas de hombres.

- (1) Acción de acertar a la bolita del rival.**
- (2) Continúan jugando hasta que uno es vencido.**
- (3) Bolita para uso personal de cada jugador.**
- (4) Bolita gastada por recibir muchas quemadas.**

A medida que llegaban los días fríos, los maestros veían que muchos alumnos se enfermaban y el rendimiento en los estudios disminuía. Comenzaron a conversar con los niños en privado y descubrieron que en su mayoría estaban subalimentados; no tenían una comida completa cada día, e incluso algunos llegaban a la escuela con sólo haber tomado unos mates. Luisa habló con don Juan - ¿Qué podemos hacer para ayudarlos? ¿Existe una cooperadora escolar que se preocupe por los problemas de los chicos de familias humildes?

Don Juan dijo claramente – este problema existe desde siempre debido a la desocupación temporal de los obreros del campo; la miseria y el hambre van tomados de la mano y la manutención de esa gente es posible sólo con ayuda de terceros. He tenido la ocasión de visitar a algunas familias y es lamentable ver la

forma como viven; las viviendas son precarias, sin condiciones de higiene, en cada habitación duermen muchas personas y la alimentación es tan pobre, que no reciben lo mínimo que necesita un ser humano.

- Todos los años al comenzar el período escolar, debemos renovar la cooperadora escolar que recauda fondos para servir a los niños una comida caliente, pues en las vacaciones todo se interrumpe – continuó don Juan - Incluso antes de finalizar las clases, esa ayuda disminuye. Hoy mismo hablaré con el presidente de la cooperadora para que comiencen a darles mate cocido con leche y un pedazo de galleta, hasta que organicen nuevamente los almuerzos.

- Hay muchos chicos desabrigados y rotosos. Por favor recuérdelos también, que están necesitados de ropa y calzado – dijo Luisa.

La cooperadora escolar actuó rápidamente y dispuso que se sirviera todos los días de clase una comida caliente. Al mediodía, Luisa y Norberto servían el almuerzo a los alumnos y controlaban el orden; después lavaban los utensilios y limpiaban el aula con la colaboración de los niños mayores.

El aporte fue importante, pero resultó muy pequeño frente a las necesidades, y no bastó para ayudar a los alumnos necesitados, y sólo sirvió para paliar en parte su hambre. Después de las horas de estudio, Norberto y Luisa también les enseñaban a asearse. Cuando apareció un brote de sarna entre algunos alumnos, tuvieron que atenderlos bañándolos dentro de una solución que contenía “acaroina”.

En el pueblito no había médico ni una sala para primeros auxilios, y en caso de accidente o enfermedad, evacuaban a las personas en coche o camión, hasta la población más cercana. En el corralón, el dueño tenía un botiquín completo que se podía usar en casos de emergencia. También don Juan tenía algunos elementos de ayuda.

*

A veces, el director entraba a presenciar las clases de los maestros para comprobar los adelantos de los alumnos. Los hacía pasar al frente, leer, escribir sobre el pizarrón y contestar a preguntas. También iniciaba con cada uno un breve diálogo, para comprobar cómo iban enriqueciendo el vocabulario. Se iba con una amplia sonrisa que indicaba que estaba contento con el trabajo de Luisa y Norberto.

Al promediar el año escolar, Don Juan acostumbraba a invitar a cada familia por separado, para conversar sobre la educación de

sus niños, necesidades e inquietudes. Así pudo conocer cuál era la base de disconformidad del pueblo mapuche. Los conquistadores españoles los desplazaron, apropiándose de las tierras de las que fueron propietarios durante siglos. Esa política de apropiación de los bienes de todo un pueblo, fue continuada por los gobiernos argentinos, previamente conquistando palmo a palmo los territorios pertenecientes a las tribus indígenas, sin reconocerles luego derechos para desarrollar su cultura, idioma, o utilizar símbolos que los representarían. A eso se sumaba el estado de abandono sanitario y de urbanización de las poblaciones.

Los habitantes, aún apegados a la tierra de sus antepasados, se vieron obligados a deambular durante generaciones dentro de un limitado espacio geográfico; sin la posibilidad de ser propietarios de su heredad y progresar, se encontraron en la triste situación de ser ciudadanos de segunda clase.

Luisa y Norberto sufrían al comprobar la miseria material y moral en la vida de esa gente y se preguntaban cuándo y cómo se solucionaría esa injusta situación.

En el curso del año escolar, las remesas de los sueldos comenzaron a atrasarse y los maestros sufrieron la falta de dinero; la mora en

los pagos era algo tradicional en la administración pública, así como el suministro de material escolar. La quintita de verduras, verdadera ayuda, estaba dañada por las heladas, y por esa causa administraban con cuidado lo poco que quedaba, preparando sopas, que fueron el principal alimento en esos meses. Además, se endeudaron en el almacén y la carnicería. Aumentaron las visitas al río que por suerte traía gran cantidad de peces; tiraban las líneas y volvían con pescados frescos que repartían con la señora Clotilde.

Esa primavera hubo fuertes lluvias que derritieron parte de las nieves acumuladas en los cimas y laderas; el inmediato aluvión arrastró piedras y arena que arrasaron la quinta y anegaron la escuela y las viviendas. Las calles del pueblito quedaron embarradas y el tránsito de vehículos se vio entorpecido; solamente se podía llegar a los negocios calzando botas de goma. Con la ayuda de un tractor enviado por el propietario de una estancia, limpiaron el espacio, y así, en pocos días pudieron reanudar las clases interrumpidas por el suceso.

Esos incidentes podían ocurrir en cualquier época del año. Comprendieron que debían estar preparados para esas sorpresas; pidieron en préstamo una carretilla y poco a poco trajeron pequeñas rocas y arena para construir un cerco frente a la casa, que resistiera la fuerza de las

aguas. Cuando lo terminaron, volvieron a la quinta y plantaron verduras de la estación.

Antes de la finalización de las clases elevaron una carta al Consejo de Educación solicitando el traslado a un lugar donde las condiciones de vida fueran más fáciles. Recibieron una carta en que les informaban que el pedido estaba en consideración.

Durante las vacaciones viajaron a San Martín de los Andes y trabajaron en un hotel. En el primer lustro de los años cincuenta, esa zona tenía un gran movimiento turístico y para la suerte de ambos, se ofrecía trabajo en el ramo de hotelería. Mientras, esperaban la notificación del Consejo de Educación que confirmara el pedido.

Volvieron al pueblo con lo ganado durante esos meses, con el pensamiento en el traslado, pero los aguardaba una lacónica carta que los volvió a la realidad: no había nuevas vacantes y la escuela del pueblo estaba necesitada de ellos. Comenzaron otro ciclo lectivo, esta vez con un poco de dinero ahorrado durante las vacaciones.

La situación del año anterior se repitió. Los niños volvieron rotos y desnutridos e incluso con enfermedades de la piel y piojos, pues habían abandonado las normas de aseo. No

repararon lo aprendido durante el año, y al olvidarlo, fue necesario hacer un repaso completo de lo estudiado. Por otra parte, el hacinamiento en las viviendas produjo algunos casos de promiscuidad. También tuvieron gran cantidad de deserciones, principalmente en los grados superiores, pues los padres preferían que sus hijos colaboraran en la manutención de la familia.

En las poblaciones indígenas, los mayores, hombres y mujeres, se sentaban al atardecer a beber aguardiente y caña hasta emborracharse; en esas condiciones, los hombres golpeaban a las mujeres y niños, que aceptaban esos castigos como estilo de vida. Los chicos aprendían de sus padres, volviéndose bebedores en poco tiempo, tomando también los malos hábitos de convivencia. Ese era otro tema, cuyo cuidado estaba también en manos de la escuela.

Don Juan pidió a la superioridad que enviaran un médico para atender a los alumnos y vacunarlos. La respuesta que recibió fue evasiva: debían esperar hasta que se organizara un operativo general para toda la zona.

– Me siento impotente por no poder ayudar – dijo Luisa llorando al regresar a su casa – los esfuerzos y el amor que pusimos en esos chicos cayeron en saco roto. – Norberto la

consolaba – Verás que todo se solucionará, pues la verdadera revolución social tiene un proceso natural que nada puede detener.

Esperaron el cumplimiento de las promesas del gobierno nacional para la ayuda de los pueblos indígenas, pero sólo veían propaganda. Grandes carteles anunciaban: CUMPLE, pero todo era una patraña publicitaria y demagógica. Los pobres pobladores de la cordillera seguían en la ignorancia y la pobreza. El pauperismo estaba representado en un núcleo de ciudadanos desalojados de sus tierras, y que se esforzaban para mantener a sus familias. La abundancia y el despilfarro caracterizaban a la nueva sociedad oligárquica, disfrazada de falsa justicia social, y que con orgullo se llamaba a sí misma “Justicialista”.

Norberto comenzó a protestar contra la injusticia, hasta que su voz molestó en ciertos círculos políticos, que se preocuparon por enviar fuerzas policiales para detenerlo. Lo mantuvieron preso durante varios días, sin juicio ni recurso de “habeas corpus”. Volvió maltratado; efectivos policiales lo golpearon y lo amenazaron con un tratamiento más severo, si reincidía en sus manifestaciones contra el gobierno.

Tuvieron algunos meses de tranquilidad, aunque periódicamente los molestaban con la

intención de obligarlos a afiliarse al partido oficialista; esas intentos no dieron resultados. Al fin, Norberto fue removido de su empleo, pero no fue declarado cesante porque aún no tenía efectividad en el puesto. La situación era preocupante; debía encontrar trabajo sin perder tiempo.

Don Juan le dio algunos consejos – mirá, como no estás registrado como maestro titular, podés pedir suplencias en otras escuelas, ya sean nacionales o provinciales. Y de vez en cuando te puedo tomar con nombre ficticio.

Norberto comenzó una suplencia en uno de los pueblos situados a varias horas de su domicilio. Luisa quedó sola y preocupada por él. Durante más de un mes no se vieron; volvió delgado y quemado por el sol; sus manos estaban curtidas y manchadas - ¿Qué te pasa querido? – preguntó su esposa.

- La suplencia fue por dos semanas, luego trabajé como peón en un corralón, y después como ayudante en un taller mecánico. Son trabajos un poco pesados si no se está acostumbrado, pero con lo que se gana se puede vivir decentemente. Hice algunos amigos a los que di lecciones en las nochecitas. No pude manifestar mis ideas, pues les han metido en la cabeza que quien no está conforme con el sistema, es comunista y agitador.

Siguieron viviendo en esa forma; él tomaba suplencias por pocas semanas, o volvía al taller. Luisa completaba las entradas para atender su hogar, tomando también el puesto vacante, cuando no había reemplazante. La señora Clotilde la acompañaba enseñándole a tejer, a cocinar, y en especial, conversaba con ella en los momentos de tristeza.

Al comenzar el período lectivo del año mil novecientos cincuenta y cuatro, Luisa volvió de la ciudad para retomar las clases; Norberto quedó trabajando en un hotel. Dura temporada los esperaba. Las nevadas comenzaron temprano y las condiciones se hicieron difíciles; al no poder dejar el trabajo, muy espaciadamente viajaba a ver a su esposa.

Al llegar en una de sus visitas, encontró a Luisa cansada y demacrada – ¿Qué te pasa querida? – Preguntó – ¿No te sientes bien?

- Me siento maravillosamente. ¿Adivinás por qué? –Norberto se abalanzó sobre ella, abrazándola.

- ¿Estás segura?

- Segurísima. Va a ser para las vacaciones, durante el tiempo que estemos en San Martín, así que no perderé un solo día de clases – su

responsabilidad no evitaba que pensara en sus obligaciones aun en esos momentos, y Norberto apreciaba en ella esas cualidades.

Durante ese año alternó su estadía en los dos lugares, para estar más tiempo con su esposa y poder ayudarla. Tomó algunas suplencias en pueblos cercanos y otras que don Juan le dio, y también trabajó en un corralón del pueblo.

*

Los roces entre el gobierno y las altas autoridades eclesiásticas se agravaron cuando hordas de fanáticos peronistas quemaron varias iglesias. En reacción, en la ciudad de Buenos Aires centenares de miles de personas salieron a la calle en protesta; la policía actuó con brutalidad, golpeando e hiriendo a manifestantes. En el mes de junio, tras un fracasado intento de golpe de estado, el gobierno dio una tregua; pretendía dialogar con los partidos políticos, pero ese estado de transición terminó cuando el presidente pronunció por radio un sorpresivo discurso lleno de furia y amenazas a los opositores. La población se encontró frente a un régimen de terror, en que se temía a todo, incluso salir a trabajar o realizar las diligencias mínimas. En septiembre, una revolución armada con focos en varios frentes, depuso al gobierno. El presidente huyó del país.

Los nuevos gobernantes trataron de corregir con presura lo que había cambiado en los años de gobierno peronista, dándole una fisonomía democrática, y anulando todo lo que tuvo contacto con el régimen anterior. Devolvieron los derechos a los perseguidos por el régimen anterior, aunque por otra parte, a pesar de las declaraciones de que no había vencedores ni vencidos, invalidaron los de otros sectores, que quedaron sin representatividad.

Norberto y su esposa continuaron trabajando en la escuela del pueblo hasta la finalización de las clases y luego viajaron a San Martín. Esta vez Luisa no se empleó y permaneció en la pensión esperando el nacimiento. Ese verano, su marido trabajó en el hotel, preocupándose de que no faltara dinero para la atención de la madre y el bebé.

A fines de enero se anunció el parto con complicaciones. Una ambulancia condujo a la pareja a Neuquén, donde Luisa dio a luz un varón. Durante los días en que estuvo internada, Norberto visitó las oficinas del Consejo Provincial de Educación y tramitó la incorporación de ambos en escuelas locales.

Luisa ya no volvió al pueblo y viajó con el bebé por un tiempo a su casa paterna, para estar todas las horas del día acompañada y atendida por su madre. Norberto se ocupó de la

mudanza; alquiló una casita en la ciudad y la ordenó mientras esperaba el regreso de su esposa e hijo, con la esperanza de que en el futuro hubiera tranquilidad y seguridad. Recibió un grado en una escuela del barrio Bouquet Roldán; las clases iban a comenzar a principios de marzo.

El vecindario estaba constituido por gran cantidad de obreros, en las cercanías de pequeñas fábricas que daban trabajo a muchos de ellos. Era una concentración de gente adicta al gobierno anterior, e inmediatamente Norberto pudo percibir la disconformidad por la situación actual. Las autoridades elitistas los separaban del escenario político y social, por eso las protestas y falta de apoyo del barrio fueron evidentes.

En algunos núcleos humanos en todo el país, la euforia del cambio se fue convirtiendo en escepticismo; los grupos aristocráticos tradicionales y las fuerzas armadas perdieron la preferencia del público, y la continuidad de presidentes militares que gobernaron con mano dura hasta mil novecientos sesenta y dos, aumentó la oposición hasta tal punto, que no hubo participación activa en las elecciones por parte de grupos peronistas. Éstos no gozaban del patrocinio de ningún partido político, y continuaban con el apoyo de la CGT, que seguía ciegamente las instrucciones enviadas por su

líder, que se encontraba exilado en el exterior. Un agitado año se presentaba, con protestas y huelgas políticas, por parte de un sector que se sentía desplazado.

Norberto extrañaba a su mujer y a su hijo, que casi no alcanzó a conocer; el regreso de ambos devolvió la alegría a la familia. En la escuela reservaron el puesto prometido a Luisa, quien se presentó poco después que dejó organizado el cuidado del bebé en las horas de clase.

El clima en la ciudad de Neuquén era diferente al de la cordillera; la zona, ubicada sobre bardas de arena, con constantes y fuertes vientos, se encontraba en condiciones difíciles. En otoño principalmente, las tormentas de arena azotaban diariamente la ciudad en crecimiento, erosionando y modificando las calles y veredas. Se trataba de edificar y plantar árboles en las zonas arenosas, para establecer un ambiente más accesible y acogedor.

Durante las vacaciones de invierno los visitaron don Juan y la señora Clotilde. Los jóvenes se interesaron por la escolita del pueblo y por los niños que fueron sus alumnos.

- Vienen muy pocos chicos; algunos no se presentaron y otros terminaron el último grado – dijo don Juan - son reemplazados por nuevos alumnos que dan nuevamente tono a la escuela.

La miseria continúa en la zona como siempre y nosotros vivimos con la ilusión de que eso cambie algún día. Yo puedo percibir la amargura de centenares de años y el silencioso encono ante el despojo que sufrieron, y la impotencia para recuperarlo. La conciencia de esa situación se hace cada vez más notoria. Tenemos dos nuevos maestros muy jóvenes y dedicados, y espero recibir de ellos las mismas satisfacciones que ustedes me dieron. Los inicié en el cuidado de la quinta y en la pesca, pues no tienen la experiencia de ustedes en esas cosas.

*

El gobierno nacional envió a la provincia un gobernador Provisorio; éste llenó los ministerios con funcionarios militares para que observaran la misma línea dura. Fue una época en que el ejercicio del poder se acentuó en el cuidado de lo existente, sin dar prioridad a nuevas necesidades. Los asuntos educacionales y sociales tuvieron un tratamiento superficial, conservándose el estado anterior. La educación y la salud, quedaron en la situación de siempre, carentes de elementos esenciales.

La tranquilidad volvió a la calle y aparentemente, la represiva policía comenzó a cambiar en sus actitudes; el tratamiento con la gente fue correcto, y se podía pensar que en la

institución existía un espíritu de colaboración con los ciudadanos. En el silencio, sin la posibilidad y el coraje de hacer frente a la anulación de sus derechos, los desplazados elaboraron un sentimiento de rencor que se manifestó en las elecciones nacionales. Siguiendo las instrucciones recibidas de su líder desde el exterior, ese sector votó en blanco, actitud que dio resultados que no reflejaban la realidad de la situación política.

*

Norberto y Luisa recibieron la efectividad en la escuela en que trabajaban; la distancia al trabajo no era grande, y como el uso de bicicletas era común en la gente de clase media, con ellas se arreglaron ya sea para llegar a la escuela, como también para pasear y hacer las compras.

El descontento continuó y las huelgas por diversos motivos se sucedían. Además de ser un arma política, se utilizaban para conseguir mejoras para los educandos y trabajadores de la educación, y para satisfacer necesidades de las escuelas. Todos los años, antes del comienzo de las clases, comenzaban las luchas por convenios para aumentos de sueldos y mantenimiento de los edificios escolares, como también condiciones en los estudios. Norberto fue incluido en el comité que negociaba con las autoridades del Consejo Provincial. Esta

actividad lo acompañó durante su carrera de docente, y era el perfil con que fue conocido en esos círculos.

Luisa dio a luz a su segundo hijo. Su vida, repartida entre la crianza, la atención de su casa y la docencia, tomó un ritmo más ordenado. Su trabajo positivo le dio satisfacciones, y en el período lectivo de mil novecientos setenta fue nombrada subdirectora titular de la escuela.

Norberto continuó trabajando como maestro, pasando por todas las categorías existentes hasta ser nombrado inspector visitador de escuelas, aunque por su carácter combativo no renunció al derecho de representar a los docentes en las luchas gremiales. Su seriedad era una garantía frente a los maestros y la institución educativa, con posición justa, sin apasionamientos excesivos. Por eso era aceptado por los maestros y por los funcionarios provinciales.

En mil novecientos setenta y seis fue depuesta la presidenta de la nación, tomando el poder un presidente militar, iniciando la serie de militares de turno para la presidencia; la represión, la persecución y crímenes por parte del gobierno se hizo fuerte e impune, sirviendo de acicate para la proliferación de movimientos clandestinos. Esas organizaciones combatieron a las fuerzas oficiales, en atentados y difusión

de material ideológico que invitaba a la insurrección.

El objetivo del gobierno era despedazar toda oposición, y para ello organizó un aparato represivo que no respetó los principios esenciales, realizando secuestros, torturando y asesinando a presuntos opositores, a veces sin una investigación previa, sin conocer sus verdaderas identidades e intenciones. Parte de esas víctimas fueron enterradas en fosas comunes, que luego fueron halladas. Otras personas se consideran desaparecidas, por no haberse encontrado sus sepulturas.

En Neuquén también se realizaron operaciones represivas por parte de elementos del ejército; en la ciudad de Neuquén, en uno de los cuarteles conocidos como "la escolita", se interrogaba y torturaba. Durante un viaje de trabajo, Norberto desapareció sin que se logran informaciónes para realizar la búsqueda. La corrupta policía no colaboró con las reclamaciones de la familia y los centros de maestros, dando respuestas evasivas y sin fundamento.

El aporte de Norberto en beneficio de los niños, de las escuelas y del gremio docente, no concordaba con el espíritu de las autoridades de facto. Las autoridades, abusivas en el uso del poder, con retorcida interpretación de los nuevos conceptos de los cuales Norberto fue

abanderado, truncan brutalmente su carrera y su vida.

Luisa continuó desempeñándose en la docencia y obtuvo nuevos ascensos. La trayectoria de la pareja de docentes, la vocación y visión diferente con respecto a la educación, quedó como ejemplo para las nuevas generaciones de maestros.

* * *

Los lugares, trama y personajes del libro son imaginarios.

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>